

El Castro de San Saturnino

Entre las parroquias de Lamas, San Saturnino y Bardaos, vérguese el elevado pico de Rapadoiro, y del mismo se desprende una colina que, prolongándose hacia el SO., separa los profundos y frondosos valles, regados por el Jubia, en que las dos primeras feligresías citadas se asientan. Esta colina forma, en su parte superior, una meseta con dos prominencias, distantes entre sí como cuatrocientos metros, y la cumbre de cada una de ellas aparece coronada por los característicos castros gallegos, (monumentos inmediatamente posteriores á las *máncas* que tanto abundan en los no lejanos montes de la Capelada y Puentes de García Rodríguez), que aquí comenzaron á levantarse en los albores de la edad del bronce y fueron utilizados hasta la romanización del país, y aun algunos en los primeros tiempos de la Edad Media.

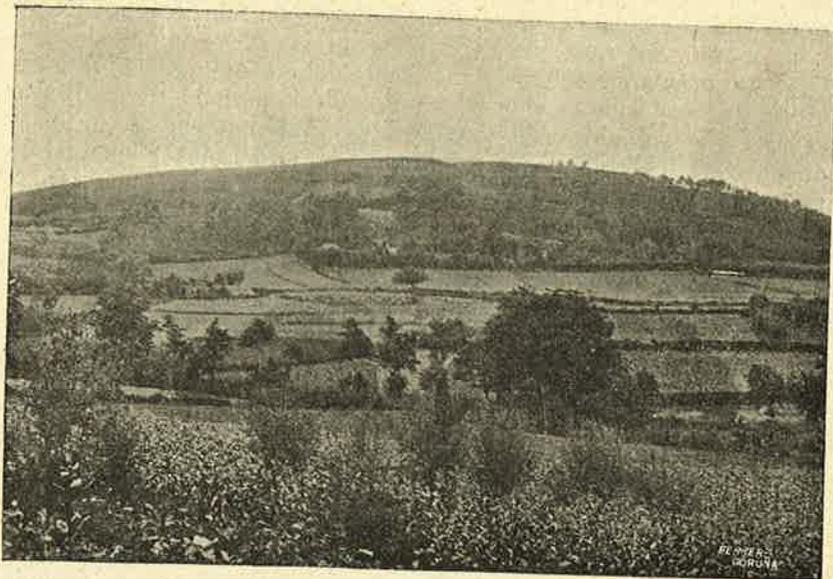
El más oriental de los dos, y por el que pasa tocando casi la carretera de Vivero á Linares, se denomina *Castro de Riboeira*, por el lugar en que se encuentra; y el que ocupa la prominencia de occidente, sobre el caserío y palacio señorial de San Saturnino, conócese por *Castro das Croas*, cuyo renombre reciben también algunos otros de las comarcas de Ortigueira y Ferrol, cuando, como en este caso, ocupan sitios elevados, porque hace referencia á la semejanza del parapeto que circunda la cúspide del monte con una corona; ocurriendo lo propio en la región mindoniense, según el ilustre arqueólogo Sr. Villaamil y Castro. Ni por su amplitud, ni por sus elementos defensivos, ni por la importancia de sus obras, reviste este castro el interés que otros de Galicia; pero, en cambio, las magníficas condiciones del lugar de emplazamiento, su proximidad á otros, formando sin duda con ellos un plan estratégico para la defensa de la importante cuenca que dominan, y sobre todo, el hecho de haberse encontrado casualmente en su recinto objetos interesantísimos de la época protohistórica, le dan cierto relieve entre los demás de la comarca.

Tiene este rústico monumento forma elíptica,—que es una de las más generalizadas por aquí en tal género de térreas construcciones—midiendo 113 metros su eje mayor, por 88 el menor; y el terreno comprendido en el recinto, como el circundante,—todo de la propiedad del marquesado de San Saturnino,—hállase á inculto. Su fábrica defensiva, de índole acentuadamente pasiva (como ocurre con todas las obras militares primitivas) está reducida á un simple parapeto de tierra y piedra menuda, de mediano relieve—en relación con otros—y de rasante uniforme, que al SE. presenta una depresión para el servicio de entrada, careciendo por lo tanto del correspondiente foso exterior, que vemos en muchos castros del mismo período. Sin embargo, la posición dominante de la prominencia, y esa única obra de fortificación ó masa cubridora, que representa la forma más elemental de ponerse á cubierto del daño enemigo—según Marvá (1)—sobre la cual se levantaría el muro ó empalizada dispuesta para dificultar más el asalto, hacían, indudablemente, que la rudimentaria construcción respondiese al fin que la determinó, dados los elementos de combate que usaban nuestros antepasados de la edad del bronce.

Desde este castro, que asemeja un nido de águilas colgado en la ladera de una montaña, y al cual corren unidas las consiguientes supersticiosas leyendas de moros y encantamientos, descúbranse muy dilatados horizontes y espléndidos paisajes. A sus pies pueden admirarse los amplios y pintorescos valles de Lamas y de San Saturnino, por donde mansamente serpentea el Jubia, bajo túneles de follaje, salpicados de tierras de labor, huertas, blancos caseríos, sotos, pinares y robledos, destacándose la magnífica posesión señorial del marquesado, en medio de este cuadro sugestivo, que tiene por marco grandes y abruptas montañas. Si se tiende la vista hacia Oriente, abárcanse todas las tierras altas de los ayuntamientos de Moeche y Somozas, que formaron el antiguo é histórico arcedianato de Lavacengos, hasta tropezar con la agreste sierra *Faladora*, (por cuya cresta corre la vía protohistórica, flanqueada de mámoas, que ponía en comunicación la cuenca de Puentes—gran centro de actividad de aquellas viejas edades—con la factoría fenicia de Bares), que se esfuma allá en la lejanía; y, por último, si nos volvemos del lado del Ocaso, dominamos los montes que circundan, en todo su gran ámbito, la magnífica ría de Ferrol, ó sea el antiguo golfo de los ártabros, tan encomiado en los comienzos de nuestra era por los célebres geógrafos Mela y Estrabón.

El emplazamiento del arrogante castro de San Saturnino, es, pues, eminentemente estratégico; y yo presumo—como ya dejo indicado—que lo levantaron, en unión del inmediato de Riboeira y del que dos kilómetros más al E. y en la propia alineación de ambos se destaca en la misma ladera del valle de Lamas,—pero en plano algo más bajo,—para formar con los tres una línea combinada de puestos fortifi-

cados que permitiese á los antiguos dueños del país defenderse perfectamente en aquella parte de la alta cuenca del Jubia. Porque, si bien es de advertir que no todos los castros protohistóricos de una comarca determinada,—según pude observar en las de Ferrol-Orti-gueira,—deben responder á un solo plan táctico, para la completa defensa de la misma, como muchos suponen, puesto que no forman



entre sí verdaderas líneas generales; no obstante, he tenido ocasión de apreciar que, algunas veces, como ocurre en este caso, asociaban dos ó tres, á fin de dominar con ellos un valle, una cañada ó una meseta.

De esta distribución de los castros, dedúcese muy bien que la población estaba aquí constituida antiguamente por pequeñas agrupaciones, con relativa independencia de las vecinas, viviendo—como dice Alberto Sampaio (2)—cada una sobre sí, con su política externa privativa, ora guerreándose, ora aliándose mutuamente, de cuya desunión, como del estado de guerra casi continua en que se hallaban unas con otras, ya nos habló Estrabón en varios lugares de su célebre *Geografía*.

Al observar con alguna atención, sobre el terreno, las circunstancias que revisten los puntos de emplazamiento de estos tres castros, en la misma ladera del monte Rapadoiro, pero en planos y condiciones muy distintos, (puesto que, mientras los de San Saturnino y Ri-

boeira aparecen á gran elevación sobre el valle, en prominencias aisladas de toda otra altura inmediata y en una zona de terreno de mala calidad para el cultivo, el último—llamado *Croa do Redo*—lo encontramos ocupando una pequeña meseta en la parte inferior de una colina, próximo ya á las vegas, y dominado por el monte), ocúrrase pensar á qué fin obedecería tal diferencia de posición, cuando la orografía permitía situar los tres en idénticas condiciones. Yo creo que esto respondió, aparte de otras causas de orden secundario, á necesidades de carácter económico.

Los hombres de la edad del bronce, según lo que se infiere del estudio de los castros, vivían en estas comarcas septentrionales de Galicia bajo un régimen agrícola-pastoril comunista, de índole sedentaria, predominando aún mucho, sin embargo, el pastoreo sobre la agricultura, como Estrabón nos lo da á entender y la distribución de los diversos castros aquí existentes nos lo confirma; por cuya razón, mientras el de *Croa do Redo* se emplazó ya en la vecindad de las tierras más propias para beneficiar cereales, á fin de proteger principalmente las incipientes explotaciones culturales que allí comenzasen á desarrollarse, los otros dos se levantaron aún en condiciones adecuadas para atender con mayor preferencia á los rebaños (especialmente de ganado lanar), que entonces, cual hoy, apacentaban en las altas mesetas del país. La ganadería constituía por aquel tiempo, como ahora sucede, la riqueza primordial de la región ártabra, lo propio que ocurría en las vecinas Casitérides (esas misteriosas islas del estuario que muchos reducen á las costas gallegas) al decir de Estrabón; porque, odiando nuestros aborígenes la vida agrícola, en la medida que este viejo geógrafo supone, necesariamente tuvieron que seguir conservando el pastoreo—que caracteriza la segunda fase de la civilización—como base de su economía social, ya que á ello tan admirablemente se prestan nuestros deleitosos campos. En cambio, los cultivos—repito—adquirían relativamente escaso desarrollo, y hallábanse limitados á las tierras próximas á determinados castros, especialmente á los construidos con tal objeto, siendo las mujeres—al decir de Silio Itálico, Estrabón y Justino—las que en Galicia practicaban esas labores (porque los hombres no pensaban más que en la guerra), y de ahí, sin duda, también su atraso, cuando en otras regiones de Europa, y aun del mismo Occidente Ibérico, veníase consagrandose especial atención á la agricultura, desde el período neolítico. El distinguido arqueólogo portugués Leite de Vasconcellos, en sus *Religiões da Lusitania*, concreta esta cuestión, diciendo, que el hombre prehistórico, conforme habita las alturas ó las planicies, se entrega á la caza ó pasa el día en la guerra: *guarda rebaños ó cultiva campos*.

Este castro de S. Saturnino, que es el más elevado de los tres, lo clasifico como correspondiente al pleno período de los metales, debi-

do á la naturaleza de los dos objetos exhumados en su interior, de que yo he llegado á tener conocimiento. Consistió el primero, según me informaron los vecinos del lugar *do Carballo*, que se asienta en la falda oriental de la rústica construcción, en «un gran aro de oro», que apareció entre la tierra, unos sesenta años há, al cavar la roza en el recinto, cuya antiquísima joya fué vendida por el feliz hallador, en cinco onzas, al cura párroco de Lamas. Indudablemente que, si el hecho fué cierto, —y tanto los descendientes del labrador que dicen lo encontró, cuanto otros vecinos de los cercanos lugares lo afirman terminantemente, —debía de tratarse, ó de un brazalete de los que con frecuencia aparecen en túmulos y estaciones protohistóricas de la Península, ó de un *torque* de aquellos que acostumbraban traer pendientes del cuello los antiguos gallegos, también á menudo exhumados (los torques) en los antiguos monumentos, en cuyo caso, quizá fuese semejante al del mismo precioso metal que se halló en las ramificaciones del castro de Cerdido, situado á unos 12 kilómetros del de S. Saturnino, y que dió á conocer el ilustre historiógrafo gallego Sr. Saralegui, en sus *Estudios sobre la época céltica en Galicia*.

El otro objeto descubierto, que también surgió á la superficie al cavar de roza el castro, tuvo la fortuna de verlo, y puedo, por lo mismo, decir ya con firmeza, que se trata de una interesantísima *fibula* protohistórica (hebilla ó alfiler de seguridad) de bronce, con que los antiguos iberos sujetaban el *sagum*, del tipo que mi amigo el excelente arqueólogo lusitano José Fortes (3), llama de Sobroso (por ser el dominante en el célebre castro portugués de este nombre) desprovista del correspondiente alfiler, pero con expansión lateral practicada en gotera para descanso de aquel, de sección cuadrangular, remate terminado en botón semiesférico con pequeño apéndice y superficie lisa, excepto en el lomo del puente, donde presenta un pobre motivo ornamental, de aspecto arcaico y tema geométrico, consistente en una serie de rayas paralelas poco profundas que se cortan en ángulo recto, formando un cuadrículado. El Sr. Fortes, en el concienzudo trabajo consagrado á las *fibulas* del Noroeste, supone que este tipo *sobrosino* —de influencia gala— que es el más antiguo por aquí conocido, fué adoptado verosímilmente entre 350 y 250 a. J. C., habiendo persistido mucho tiempo en nuestro país, probablemente hasta la invasión romana. El hallazgo reviste, pues, verdadera importancia, aparte aun de la que siempre tienen los que se hacen en estaciones tan interesantes como los castros, por escasear las *fibulas*, en la extensa región que comprendía la antigua Galicia de la época romana...

La *fibula* de bronce, y sobre todo, el aro de oro, eran piezas de lujo, y de ello puede deducirse, sin gran violencia, que en aquel castro que corona la colina de S. Saturnino, señoreando la fértil cuenca

del alto Jubia, moró en su día una distinguida familia ó personaje importante, pues yo creo que los castros de estas comarcas septentrionales no encerraban entre sus parapetos verdaderos centros de población, sino que desempeñaban un papel semejante al de los castillos feudales. Según los preciosos informes de Plinio secundo, la población gallega era ya numerosa en aquellos tiempos, y por más que los castros pre-romanos abundan aquí, sin embargo, no existieron en tal número, ni son de tal amplitud que, aun teniendo en cuenta lo reducido de las viviendas de la época, pudiese acomodarse ordinariamente en tales recintos ni siquiera la cuarta parte de los habitantes del territorio, y mucho menos si tomamos en consideración que, dado el gran aprecio que les merecían sus ganados mansos, tratarían de conservarlos bajo su protección, para ponerlos á cubierto de la rapacidad enemiga, como sucedía con otros pueblos en idéntica fase social, según luego veremos.

Mal podrían, pues, acomodarse habitualmente tantos seres, en espacios tan relativamente reducidos, con la holgura indispensable para las necesidades de la sencilla vida ordinaria de nuestros aborígenes, como lo prueba, además, el hecho de que, muchos de los castros por mí reconocidos, presentan grandes peñascos y roqueros naturales en su interior, que disminuyen considerablemente el área utilizable, los cuales hubieran tenido buen cuidado de evitar si les hiciese falta ocupar todo el recinto.

De lo anteriormente expuesto se desprende que, en el orden esencialmente militar, sólo pueden reputarse estos castros como fortalezas de refugio, de las que tanto necesitaban los habitantes del país, por el estado de guerra casi continua que, según Estrabón, mantenían los gallegos entre sí mismos, para defender la parte de territorio poseído por derecho tradicional. Respondían, por lo tanto, en mi concepto, á la misma idea del *pur* ó plazas de refugio fortificadas de los antiguos arios (tan semejante en todas sus condiciones á nuestros castros), organizadas en las cercanías de sus aldeas abiertas, —como dice R. Won Ihernig (4), —donde, en caso de invasión, se acampaba al aire libre con los ganados; ocurriendo lo propio con los britanos, quienes —escribe E. Winkelmann (5), —en sus luchas contra César, refugiábanse también con los ganados, al aproximarse el enemigo, detrás de sus groseras fortificaciones. Por otra parte; conforme opinan los historiógrafos regionales Sres. Saralegui y Murguía, y lo comprueban mis exploraciones en algunos castros locales (en los que hallé restos de habitaciones), estos debieron de aprovecharse para otros muchos objetos ó fines de la vida social y política de los pueblos que los erigieron, pues como centros de resistencia de la diseminada población que dominaban, allí acumulaban cuanto más amaban: las instituciones, los hombres ó familias distinguidas, los tesoros y las reservas económicas; teniendo así en cada uno de ellos su resi-

dencia los personajes del grupo respectivo, según sucedía con la distribución de la familia ariana, por grupos ó tribus, con jefes, establecidos igual que aquí, en colinas fortificadas, para vigilar á los *vicas*, agricultores ó pastores, diseminados en las llanuras extendidas á su sombra (6).

La masa general de la población agrícola-pastoril de estos valles y mesetas—lo mismo que la del resto de la comarca—que vivía, como dicho queda, bajo un régimen comunista de condición sedentaria, de lo cual aún subsisten vestigios en algunas costumbres regionales, (sobre todo en la aislada región montañosa de los Ancares, debido á su alejamiento de los centros, que tan admirablemente ha descrito mi buen amigo el distinguido periodista Marcelino Dafonte, en sus interesantes crónicas, publicadas en *La Voz de Galicia*, de la Coruña), moraban en grupos de pobres chozas, situados en las proximidades de los castros, siendo continuadores de estos pequeños burgos muchos de los actuales y característicos lugares gallegos, que constituyeron fracciones de las villas de la romanización, organizadas por los del Lacio con el elemento indígena (7).

A mi ver (y teniendo principalmente en cuenta que todas las condiciones de estos rudimentarios monumentos locales convienen con las noticias que Estrabón y demás geógrafos antiguos nos han transmitido, acerca de la manera de ser de nuestros primitivos antepasados), tal fué la misión del castro de San Saturnino, que aún hoy admiramos en aquella parte montañosa del término de Ferrol, por la que el hombre protohistórico mostró especial predilección, para constituirlo en centro de su actividad, conforme nos lo enseñan elocuentemente el gran número de importantes castros subsistentes en los ayuntamientos de Moeche y San Saturnino; los presumibles vestigios de burgos lacustres que las riadas ponen al descubierto, en las márgenes del Jubia, entre la formación diluvial de los fértiles valles atrás mentados (restos de groseros emparrillados hechos con grandes troncos); la toponimia; y, últimamente, las pintorescas tradiciones y leyendas persistentes entre los sencillos moradores de la comarca; recuerdos todos que hacen renacer hoy ante nuestra vista, con su natural relieve, el viejo pueblo ártabro que habitó este territorio, donde el fenicio debió frecuentemente su inquieta planta, á fin de comerciar con aquél y explotar las riquezas que sus campos atesoraban.

FEDERICO MACIÑEIRA

C. de la Real Academia de la Historia

Ortigueira, Octubre de 1905

NOTAS

- 1) *Estudio histórico de los medios de ataque y defensa*: p. 34.
- (2) *As «villas» do Norte de Portugal*: p. 19.
- (3) *As fibulas do Noroeste da Península*.
- (4) *Prehistoria de los Indoeuropeos*.
- (5) *Historia de los Anglosajones*.
- (6) E. Burnouf, *Essai sur le Veda*. Nota extraída de los *Estudios sobre la época céltica en Galicia*, por Saralegui.
- (7) A la falda del castro de San Saturnino hay un lugar llamado da Agra—el agro latino—donde estuvo sin duda la primera parcela ó finca dedicada al cultivo en aquella parte de la cuenca.

